

MARIO BRICEÑO IRAGORRI Y EL PADRE BARNOLA

Los venezolanos que viven la etapa que corre entre las dos últimas dictaduras del siglo XX -las de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez- convierten a Mario Briceño Iragorri en profeta de su tiempo. Les interesa lo que dice y lo que calla, consumen con avidez sus escritos y buscan noticias sobre su exilio. Sin embargo, ignoran la magnitud de la tristeza que siente entonces por los sucesos del país. Por fortuna, el sentimiento encuentra destino en la confianza del padre Pedro Pablo Barnola, corresponsal íntimo.



Elías Pino Iturrieta

Como se sabe gracias a las investigaciones de Domingo Miliani, los ensayos del maestro producen general entusiasmo. Cuando sale del archivo para proponer una actitud cívica, su palabra es manual de conducta para miles de seguidores. *Mensaje sin destino* hace que grandes sectores de la sociedad se interroguen sobre las metas del país moderno y sobre la necesidad de la democracia. Debido a la circulación de *Alegría de la tierra*, la gente comienza a discutir, más temprano que en el vecindario, sobre los peligros de la tecnología y sobre las perversiones de la industria extractiva. *Aviso a los navegantes* revive pérdidas polémicas sobre una integración latinoamericana afincada en la justicia internacional y en la revisión del aporte hispánico. Cuando escribe en el periódico una columna llamada *Bitácora*, se forman corrillos para comentarla. Los estudiantes de los liceos y los obreros de los sindicatos lo buscan para que dicte conferencias. Los militares del perezjimenismo comienzan a mirar con recelo sus sugerentes letras y terminan por prohibirlas. *Bitácora* y el conferencista más solicitado del momento desaparecen del mapa, pero no importa. Lo que afirme y lo que niegue Mario Briceño Iragorri, prohibido o permitido, en casa o en el exilio, se respeta en Venezuela. Cuando retorna al país, la multitud lo aclama en el aeropuerto de Maiquetía.

¿Por qué suscita tantos apoyos entre la gente sencilla? El ascendente no debe atribuirse sólo a la calidad de sus escritos. Un pueblo analfabeta y cercado por un viejo encierro no puede de repente aficionarse a las bibliotecas. Centenares de jóvenes no lo leen. Seguramente miles de personas jamás se enteran de la existencia de una bibliografía digna de atención. Pero lo que no se podía ignorar era su paso por las funciones públicas, en cuyo desempeño nadie jamás pudo reprocharle nada. Durante todo el siglo, los dueños del poder, o la mayoría de ellos, se han manejado según su arbitrio, sin conciencia de la obligación de responder ante el pueblo. Para Briceño

Iragorri los negocios de la República son asunto de todos. En consecuencia, la participación en ellos tiene que desembocar en una cuenta frente a todos. Numerosos pasajes de su *Ideario político* machacan la postura. «Yo, querido Numa -le escribe a un amigo cercano desde Madrid- asumí una responsabilidad terrible cuando pedí al pueblo su confianza». El fragmento se refiere a la elección como Diputado por el Distrito Federal en 1952, desconocida por el régimen militar y causante de su exilio; pero bien puede referirse a toda su actividad en los círculos del poder. El comedimiento de su trato con el gomecismo o la responsable confesión que ofrece de su pertenencia al oficialismo de entonces, el paso honorable por el postgomecismo, la defensa de muchos de los compañeros derrocados en 1945, la campaña por la Asamblea Constituyente y la altivez frente a la soldadesca en 1952, la modestia del principio igual a la modestia del fin en el ejercicio de altas funciones de gobierno -Juez, Presidente de Estado, Gobernador de ciudad, Secretario de la Universidad Central de Venezuela, Embajador, Director del Archivo General de la Nación, Presidente del Congreso Nacional- confirman que no escribe una frase vana a su destinatario. Sólo insiste en un principio que estima de manera invariable y en el que puede reconocerse un pueblo que no sabe leer, pero que recibe la noticia de su vida ejemplar.

Lo que tal vez ignore ese pueblo es la magnitud de la tristeza y de la rabia que le produce la situación del país que ha caído en las manos de Marcos Pérez Jiménez. Es evidente cómo el pesimismo ronda sus escritos, pero pocos conocen, porque jamás lo ha divulgado en público, la repugnancia que llega a sentir por el declive moral en que se ve a la patria. Católico devoto, fundador de una «Orden de los Caballeros del Espíritu Santo» en 1934, terciario franciscano, estudioso del Evangelio, de la historia de la Iglesia, de los documentos pontificios y de la teología más avanzada, se llena de abatimiento cuando siente a Venezuela

como una especie de Babilonia del imperialismo. El pueblo no es el depositario del dolor que experimenta el discreto escritor que jamás ha lanzado ataques personales contra sus enemigos políticos, ni ha querido sacar provecho de la denuncia sobre casos de corrupción cuyos pormenores conoce. Por fortuna, encuentra en un puñado de allegados la posibilidad de descargar el peso.

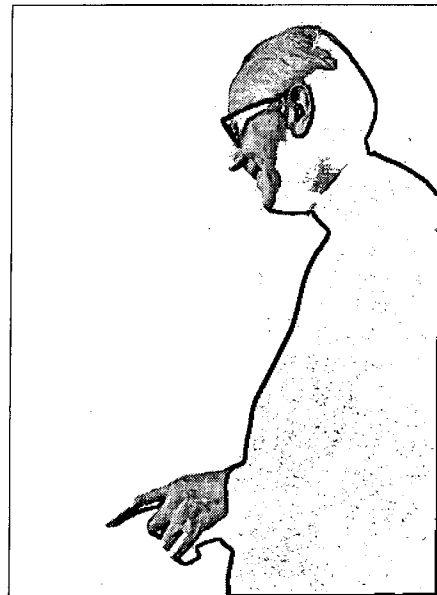
Uno de ellos es el padre Pedro Pablo Barnola, amigo íntimo a quien quiere mucho, camarada de empresas comunes de estudio e investigación, rector de la Universidad Católica Andrés Bello y también perseguido por la dictadura. Han discutido juntos temas literarios, han cruzado opiniones sobre la Academia de la Lengua y, en sigilo, sobre la situación política del país. Son, en suma, personas que se quieren mucho. En el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello, reposa un manojo de las cartas que le envía desde Madrid y Génova. Es lícito que el historiador irrumpa en el sigilo de esa correspondencia para que se conozca mejor lo que entonces vivió Venezuela, porque sólo el conocimiento cabal de los hechos impedirá que vuelvan a suceder.

Veamos una primera carta del 16 de marzo de 1956. «Querido Barnola -le dice-, no puede usted saber cómo me siento por las noticias venezolanas. Mientras más me llegan, más contristado me pongo. El anuncio de tanta porquería me conduce a estados de postración que hacen temer por mi salud. ¡Qué bajo hemos llegado!». Quince días después, se anima a describir los resortes de su mortificación: «Con qué entusiasmo he escuchado a gente tenida por honesta, haciendo el panegírico de asesinos y de ladrones públicos [...] Eso me duele mucho». Pero en otras misivas supera la depresión del ánimo, para analizar la situación en un tono que no llega a utilizar en los textos preparados para el público. En un descarnado papel que escribe el 28 de julio del mismo año, llega a decir: «Michelena pintó a Crespo sobre altiva caballería. Tito Salas pintó a Juan

Vicente Gómez. A Marcos Pérez Jiménez no hay animal noble sobre el cual montarlo para un óleo vistoso. Los hoy llamados arbitrariamente 'jefes' no son sino meros burócratas de uniforme o comerciantes vulgares adornados de presillas. El ejército actual es una simple expresión de las técnicas para matar, que han perfeccionado los científicos sin escrúpulos, al servicio del imperialismo».

Como sabemos, no es un líder del marxismo en connivencia con uno de sus secuaces, quien acaba de describir el envilecimiento de las fuerzas armadas, la minúscula estatura del dictador y la empresa a la que sirven. Pero también sabemos, o deberíamos saber, que el autor de las cartas es acusado de comunista por el régimen. En correspondencia del 9 de abril de 1954, toca el tema a través de expresiones lapidarias. Son las que vienen de seguidas: «Mi comunismo me hace pensar en las críticas que los fariseos hacían a nuestro Señor porque andaba con publicanos. En cambio, hallo que les asiste la razón de motejarme de tal a aquella parte de la sociedad que mira como expresión de conducta cabal los procedimientos de Pedro Estrada».

Aunque no dice cuán grande es la parte que apoya a la dictadura, es probable que se refiera a un sector amplio. Así se desprende de la correspondencia que dirige a Barnola, el 28 de julio de 1956. Una correspondencia que debe redactar en medio de la pesadumbre, si tenemos presentes sus vínculos con la Iglesia. Vamos a leerla: «Venezuela es un caso moral [...] Lo que hoy reina en nuestro país es una farsa de orden, con cuyo apoyo se relaja la conciencia nacional. Este relajamiento, aunque sea duro decirlo, está indirectamente apoyado por una jerarquía y por un clero que, lejos de contradecir la inmoralidad y el crimen circundante, hacen el juego al dictador. Nuestro clero tiene miedo a sufrir y prefiere la mesa abastada y los honores seguros. No son los pastores venezolanos los que dan la vida por sus ovejas. No son ellos de los que en un momento pudieran merecer los elogios que el Ro-



mano Pontífice dirige en su recientísima carta 'Dum maereti animo' a los prelados y fieles de la Iglesia del silencio. Estos luchan contra el materialismo que los persigue. Los nuestros se entregan al materialismo que halaga con obsequios y ambiguas seguridades [...] Muchos obispos y muchos sacerdotes de nuestra tierra dudan de la palabra de Cristo y buscan, por ello, estar bien con el demonio [...] no parece que rimen con una idea de 'cultura cristiana' el asesinato, las torturas, las cárceles, los destierros, el peculado, el libertinaje, la injusticia, el dolo, el fraude que forman la substancia de la política actual». Hacia el final de la misiva, aconseja: «Cerca tienen ustedes a Rafael Caldera, para oír su voz de vigilante autoridad. La mía está mediatizada por el océano, que da mayor perspectiva a la tragedia venezolana».

¿Hace falta un comentario? Si es preciso, que lo haga el hombre que leyó por primera vez estos papeles. En la carpeta que conserva la Universidad Católica, al lado de la carta, está una ficha pequeña, anotada por el padre Barnola. En la ficha aparecen unas palabras que utilizó doce años más tarde en la iglesia de San Francisco, cuando ofició una misa de conmemoración en el décimo aniversario del fallecimiento de quien lo había escogido como confidente. La frase dice: «Pero lo hubiera avergonzado quedarse callado». □

Elías Pino Iturrieta es Doctor en Historia, Presidente de CELARG (Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos).